

LA TEORÍA IMPERFECTA DEL AMOR

Julie
Buxbaum
♡x



Julie Buxbaum

La teoría imperfecta
del amor

Traducción de **Elena Macian Masip**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@ellasdemontena



@ellasdemontena



@somosinfinitoslibros

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Josh, el presidente de mi primera tribu.
Qué feliz me hace que me dejes ser miembro de por vida.*

*Te quiero
Y para Indy, Elili y Luca: sois mi corazón,
mi razón, mi hogar, mi tribu y mi vida*

The book of love is long and boring.

No one can lift the damn thing.

THE MAGNETIC FIELDS

1

David

Un acontecimiento sin precedentes: Kit Lowell se acaba de sentar a mi lado en la cafetería. Yo siempre me siento solo y cuando digo siempre no lo digo en esa lengua vernácula exagerada que hablan mis compañeros de clase. En los 622 días que he asistido a este instituto, nadie se ha sentado jamás a mi lado a la hora de comer, por eso llamo «acontecimiento» al hecho de que ella esté ahora a mi lado; tan cerca de mí que su codo casi roza el mío. Mi primer instinto es sacar mi libreta y buscar las páginas que he escrito sobre ella. Están en la «K» de «Kit» y no en la «L» de «Lowell» porque, aunque se me dan bien los hechos demostrables y las actividades académicas, soy un negado para los nombres. Por un lado, se debe a que los nombres propios son palabras providenciales totalmente desprovistas de contexto y, por el otro, a que creo que casi nunca encajan con las personas a quienes pertenecen. Si lo piensas bien, tiene mucho sentido. Los padres eligen el nombre de sus hijos en el momento en el que menos información tienen sobre la persona a la que se lo van a dar. Es una costumbre ilógica, la mires por donde la mires.

Pongamos a Kit como ejemplo. En realidad no se llama Kit, sino Katherine, pero nunca he oído a nadie llamarla Katherine, ni siquiera cuando íbamos a primaria. Kit no tiene cara de Kit de ninguna manera, ya que es un nombre adecuado para alguien cuadrulado, rígido y fácil de comprender con unas instrucciones paso a paso. El nombre de la chica que está sentada a mi lado debería contener una zeta, porque me desconcierta, es zigzagueada y siempre aparece en los lugares más insospechados —como en mi mesa a la hora de comer—, y quizá también el número ocho, porque tiene cintura de avispa, y la letra «s», porque es mi preferida. Kit me cae bien porque nunca ha sido mala conmigo, que no es algo que pueda decir de la gran mayoría de mis compañeros de clase. Es una pena que sus padres se equivocasen tanto con su nombre.

Yo me llamo David, un nombre que tampoco me queda bien, porque hay muchos Davides en el mundo (la última vez que lo comprobé, 3.786.417 solo en Estados Unidos) y, a juzgar por la frecuencia, se diría que soy como mucha otra gente. O al menos, relativamente neurotípico, que es una forma científica y menos ofensiva de decir «normal». Debo decir que no es mi caso. En el instituto nadie me llama de ninguna manera, excepto por el ocasional «marica» o «idiota», ninguno de los cuales son apelativos precisos. Mi coeficiente intelectual es de 168 y me atraen las chicas, no los chicos. Además, «marica» es un término peyorativo para referirse a una persona homosexual y, aunque mis compañeros tuvieran razón respecto a mi orientación sexual, tampoco deberían usar esa palabra. En casa mi madre me llama «hijo», y no tengo ningún problema con ello porque es cierto, mi padre me llama «David», que es como llevar un jersey que pica con el cuello demasiado cerrado, y

mi hermana me llama Pequeño D, que, por alguna razón inexplicable, parece encajar conmigo, aunque de pequeño no tengo ni pizca. Mido 1,89 y peso 75 kilos. Mi hermana mide 1,61 y pesa 48 kilos. Soy yo quien debería llamarla a ella Pequeña L, por Pequeña Lauren, pero no la llamo así. La llamo Esmía, que es como la he llamado desde que yo era un bebé, porque siempre he sentido que, en este mundo tan confuso, ella era lo único que me pertenecía.

Esmía se ha ido a la universidad y la echo de menos. Es mi mejor amiga. Técnicamente, es la única que tengo, pero creo que si tuviese más amigos ella seguiría siendo la mejor. A día de hoy, es la única persona que conozco que me ha ayudado a ser un poco menos rígido.

Llegados a este punto, probablemente ya te habrás dado cuenta de que soy distinto. La gente no suele tardar mucho en verlo. Un médico nos dijo una vez que quizá estuviese «rozando el síndrome de Asperger», lo que es absurdo, no puedes estar rozando el síndrome de Asperger. En realidad, ya no puedes tener síndrome de Asperger y punto, porque en 2013 lo eliminaron del DSM-V (la edición en vídeo del *Manual diagnóstico y estadístico de trastornos mentales*). Ahora se considera que las personas que cumplen con ese grupo de características tienen autismo de alto funcionamiento (o AAF), algo que también es engañoso. El espectro del autismo es multidimensional, no lineal. Obviamente, aquel médico era un idiota.

Por curiosidad, yo mismo he leído sobre el tema (me compré un DSM-IV de segunda mano en eBay, porque el V era demasiado caro) y, aunque carezco de los conocimientos de medicina necesarios para hacer un diagnóstico completo, no creo que esa etiqueta pueda aplicarse en mi caso.

Sí, tengo problemas en situaciones sociales; me gustan el orden y la rutina; cuando me interesa algo puedo experimentar hiperconcentración, hasta el punto de excluir el resto de actividades; y sí, vale, soy torpe. Pero soy capaz de establecer contacto visual cuando tengo que hacerlo. No me aparto si me tocan. Reconozco la mayoría de modismos y frases hechas, aunque tengo una lista que voy actualizando en mi libreta por si acaso. Me gusta pensar que tengo empatía, pero no sé si es verdad.

De todos modos, no creo que en realidad importe si tengo síndrome de Asperger o no, sobre todo porque ya no existe. Solo es una etiqueta más. Pongamos como ejemplo la palabra «deportista». Si así lo quisiera un número suficiente de psiquiatras, podrían añadirla al DSM y diagnosticar a todos los jugadores del equipo de fútbol americano de Mapleview. Sus características comprenderían al menos dos de las siguientes: 1. condición física atlética, sobre todo con prendas de licra; 2. una comodidad antinatural ante el hecho de ponerse una coquilla en el pene; y 3. ser un cabrón. Puedes llamarme «aspi», «rarito» o incluso «idiota», da igual cuál elijas; la verdad sigue siendo que me gustaría mucho parecerme más a los demás. No necesariamente a los deportistas de mi instituto; no quiero ser de ese tipo de personas que se lo hacen pasar mal a chicos como yo. Pero si tuviese la oportunidad de sufrir una mejora de niveles estratosféricos (de cambiar al David 1.0 a una versión 2.0 que supiera qué decir en las típicas conversaciones del día a día), lo haría sin pensármelo dos veces.

Quizá cuando los padres eligen el nombre de sus hijos lo hacen según sus deseos y expectativas. Como cuando vas a un restaurante y pides un bistec poco hecho y, aunque no existe ninguna definición universal para «poco he-

cho», esperas que te traigan exactamente lo que quieres.

Mi madre y mi padre pidieron un David y les salí yo.

En mi libreta pone:

KIT LOWELL: altura: 1,62 metros. Peso: aproximadamente 57 kilos. Pelo castaño ondulado. Lo lleva recogido en una coleta los días que hay examen, los días de lluvia y casi todos los lunes. La piel es amarronada, porque su padre —que es dentista— es blanco y su madre es india (del sudeste asiático, no nativa americana). Puesto en la clasificación de notas de alumnos del curso: 14. Actividades extraescolares: periódico del instituto, club de francés, organización de eventos del consejo de alumnos.

Encuentros relevantes

1. Tercero: evitó que Justin Cho me tirase de los calzoncillos.

2. Sexto: me hizo una tarjeta de San Valentín. (Nota: KL hizo tarjetas de San Valentín para todos los chicos, no solo para mí. Pero cuenta. Era bonita, excepto por la purpurina. Porque la purpurina es incontenible y tiene propiedades pegajosas; no suelen gustarme las cosas incontenibles y pegajosas.)

3. Octavo: después de clase de matemáticas me preguntó qué había sacado en el examen. Contesté: «100». Ella dijo: «Ostras, sí que has estudiado». Yo contesté: «No, las ecuaciones de segundo grado son fáciles». Ella dijo: «Ah, vale». (Más tarde, cuando recreé la conversación para Esmía, me dijo que debería haber dicho que sí había estudiado, aunque fuese mentira. Mentir no se me da muy bien.)

4. Décimo: Kit me sonrió cuando anunciaron nuestros nombres por el altavoz como únicos semifinalistas para la beca al Mérito Nacional. Iba a decir: «Enhorabuena», pero Justin Cho se me adelantó. Le dijo: «¡Joder, tía!» y le dio un abrazo. Y luego ella ya no me estaba mirando.

Características importantes

1. Cuando hace frío, se tira de las mangas para taparse las manos en lugar de ponerse guantes.

2. No tiene el pelo rizado, pero tampoco liso. Le cuelga como unas comas repetitivas que se alternan.

3. Es la chica más guapa del instituto.

4. Se sienta con las piernas cruzadas en casi todas las sillas, incluso las más estrechas.

5. Tiene una cicatriz junto a la ceja izquierda que tiene forma de zeta, pero ya casi no se aprecia. Una vez le pregunté a Esmía si podría tocársela algún día porque tengo curiosidad por saber cómo es al tacto, y ella me dijo: «Lo siento, Pequeño D, pero como dice la bola mágica... "No va a poder ser"».

6. Conduce un Toyota Corolla rojo con matrícula XHD893.

Amigos

Casi todo el mundo, pero suele estar con Annie y Violet, y a veces con Dylan (Dylan chica, no Dylan chico). La característica común del grupo, con la excepción de Kit, es el pelo planchado, un ligero acné y pechos más grandes de la media. El año pasado, durante cinco días, Kit fue por los pasillos de la mano de Gabriel. De vez en cuando se paraban

para enrollarse, pero ahora ya no lo hacen. Gabriel no me cae bien.

Notas adicionales: es maja. Esmía la pone en la lista de «Personas Dignas de Confianza». Yo estoy de acuerdo.

Por supuesto, no abro la libreta delante de ella. Ni a mí se me ocurriría hacer eso. Pero le acaricio el lomo porque, si la tengo cerca, estoy menos nervioso. Lo de la libreta fue idea de Esmía. Hace unos años, después del Incidente de los Vestuarios, que es irrelevante para lo que ahora nos ocupa, Esmía decidió que yo confiaba demasiado en los demás. Al parecer, a diferencia de mí, la mayoría de la gente no siempre dice la verdad. Tomemos como ejemplo la mentira sobre el examen planteada anteriormente. ¿Por qué debería mentir respecto a si he estudiado o no para un examen? Es absurdo. Las ecuaciones de segundo grado son fáciles. Eso es un hecho.

—Así que tu padre está muerto —digo, porque es lo primero que se me ocurre cuando se sienta. Es una información nueva que todavía no he añadido a su entrada de la libreta, pero solo porque me acabo de enterar. Suelo ser la última persona en saber las novedades sobre mis compañeros de clase, si es que llega a mis oídos en algún momento. Pero esta mañana Annie y Violet estaban hablando de Kit junto a la taquilla de la segunda, que, casualmente, está encima de la mía. Según Annie, Kit «es un desastre desde lo de su padre, y ya sé que es duro y todo eso, pero está como, no sé... borde». No suelo escuchar a los demás chicos del instituto (la mayoría de las cosas que dicen son aburridas; suenan a mala música de fondo, algo metálico y duro, quizá como el heavy metal), pero por alguna razón esto sí lo he oído. Luego han empezado a hablar sobre el

entierro, sobre lo raro que fue que ellas llorasen más que Kit y que no es sano que se guarde dentro las cosas (lo cual es absurdo porque los sentimientos no tienen masa y, además, ellas no son médicas).

Me hubiese gustado ir al funeral del padre de Kit, aunque solo fuese porque estaba en mi lista de «Personas Agradables», y creo que cuando muere alguien de tu lista de «Personas Agradables» debes ir a su entierro. El padre de Kit, el doctor Lowell, es —era— mi dentista y nunca se quejó de que mis auriculares de reducción de ruido le molestasen cuando usaba el torno. Siempre me daba una piruleta roja después de hacerme una limpieza, un gesto contraproducente que de todos modos yo siempre le agradecía.

Miro a Kit. No me parece un desastre. De hecho, va más arreglada que de costumbre y lleva una camisa blanca de hombre que parece recién planchada. Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos un poco húmedos, y aparto la vista porque es tan guapa que me deja sin respiración y, por lo tanto, es muy difícil de mirar.

—Ojalá me hubiesen avisado, porque habría ido a su entierro. Siempre me daba piruletas —continúo. Kit sigue mirando fijamente al frente y no me contesta. Doy por sentado que esto significa que debería seguir hablando—. Yo no creo en el cielo. En eso estoy de acuerdo con Richard Dawkins. Creo que es algo que la gente se dice para no temer tanto a la finalidad de la muerte. Al menos a mí me parece muy poco probable que exista, por lo menos en esa versión con ángeles y nubes blancas de la que se habla por ahí. ¿Tú crees en el cielo? —pregunto. Kit le da un mordisco a su sándwich, pero no se vuelve hacia mí—. Lo dudo,

porque eres una persona muy inteligente.

—Sin ánimo de ofender, pero ¿te importaría que no hablásemos? —pregunta.

Estoy bastante seguro de que no es una pregunta que requiera una respuesta, pero decido responder de todos modos. Esmía ha puesto la expresión «sin ánimo de ofender» en la lista de «Cuidado». Al parecer suele ir seguida de algo malo.

—En realidad lo preferiría, pero me gustaría decir una última cosa. Tu padre no debería haber muerto. Es muy injusto.

Kit asiente y se le mueve el flequillo.

—Pues sí —contesta.

Después nos acabamos los sándwiches (el mío es de mantequilla de cacahuete y mermelada porque es lunes) en silencio.

Pero un silencio cómodo.

Creo.

2

Kit

En realidad no sé por qué decido no sentarme con Annie y Violet a la hora de comer. Siento sus ojos sobre mí al pasar junto a nuestra mesa habitual en la cafetería, que está delante del todo y es perfecta porque desde allí se puede ver absolutamente a todo el mundo. Siempre me siento con ellas. Siempre. Somos mejores amigas, formamos un grupito de tres desde hace años, así que soy consciente de que no saludarlas ni siquiera con la mano es toda una declaración de intenciones. Pero en cuanto he entrado y las he visto charlando y riendo en un corrillo y comportándose con normalidad, como si nada hubiese cambiado (y sí, sé que para ellas todo sigue igual, que en sus familias no hay ni más ni menos problemas que antes de que mi vida impllosionara), me he dado cuenta de que no era capaz. No podía sentarme allí, sacar mi sándwich de pavo y comportarme como si fuese la misma Kit de siempre. La que haría alguna broma sobre la camisa que me he puesto como una especie de extraño homenaje a mi padre; es un intento estúpido de sentirme más cerca de él, aunque me hace sentir todavía más marginada y confundida que antes de ponerla. Es justo la clase de recordatorio que no necesito. Co-